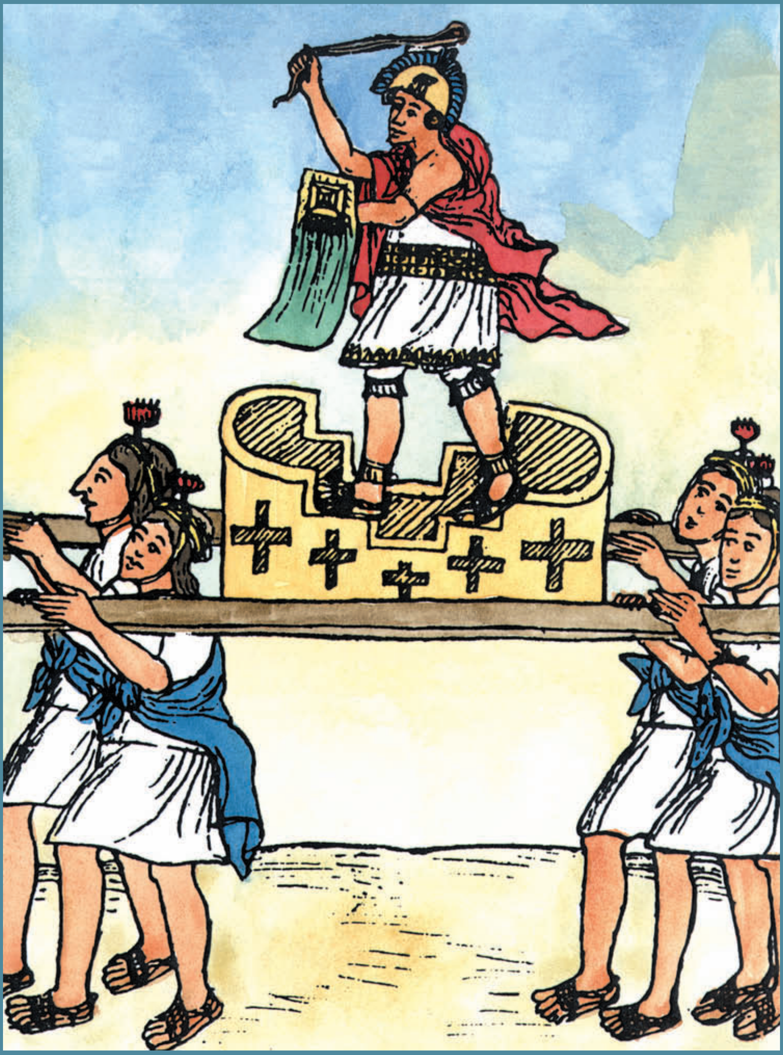
INCAS Los hijos del Sol


Gran señor inca en andas, en una ilustración de la *Crónica* de Huamán Poma.

Alzaron ciudades ciclópeas sin conocer la escritura y vertebraron un mosaico de pueblos que los creían dioses. Sus órdenes llegaban a miles de kilómetros, sus orfebres copiaban el mundo en oro y sus cadáveres momificados eran atendidos como en vida. Hoy, el imponente Imperio de los Incas cobra actualidad en España gracias a una magna exposición. Cuatro especialistas analizan la vida, la muerte, el Arte, la Historia y el papel de la mujer en el antiguo Tahuantinsuyu

70. Señores de los Andes
Concepción Bravo

76. La mujer. Fuerte e influyente
F. Hernández Astete

79. Momias. Equipaje para la eternidad
Alicia Alonso

84. Un mundo bañado en oro
E. Sánchez Montañés

Señores de los ANDES

Lograron imponer su hegemonía sobre el mosaico de pueblos que ocupaban los vastos espacios andinos, en los que levantaron uno de los más asombrosos imperios de la Historia. **Concepción Bravo** se adentra en el complejo y brillante sistema de los Incas, que los españoles supieron adaptar hábilmente en su propio beneficio

Tratando de repetir la hazaña de Hernán Cortés en México, los españoles pusieron fin a una de las más brillantes civilizaciones que ha alumbrado la historia de la Humanidad, la de los Incas, cuyo espacio nuclear eran los Andes Centrales y la región circumlacustre del Titicaca.

La historiografía de las últimas décadas del siglo XX ha rescatado de las antiguas crónicas del XVI y XVII el término Tahuantinsuyu para definir el concepto de ese espacio, que constituyó el vasto territorio en el que ellos asentaron un poderoso Estado, cuyos límites habían quedado fijados en el año 1530: por el norte en el río Patia, en el sur de la actual república de Colombia, entre Pasto y Popayán, y por el sur, en el río Maule, en territorio chileno, con una distancia de 5.000 kilómetros entre ambos puntos.

Tradicionalmente, se venía hablando del Imperio de los Incas, del Imperio de los hijos del Sol o, simplemente, del Antiguo Perú. Es éste un nombre que no figuraba en la toponimia indígena, pero que no sólo alentó las expectativas visionarias de quienes se empeñaron en la aventura de llegar a esas tierras, adivinadas o presentidas, desde Panamá, en una fecha tan temprana como la de 1523. Fue también un nombre y una referencia aceptada y difundida sin reservas por los mismos habitantes del gran imperio, apenas llegados los españoles a sus tierras. Pero ¿quién lo inventó? y ¿por qué? Parece derivarse de una provincia llamada Birú, que se abría en los límites del territorio explorado del istmo de Panamá, en el extremo de la que había empezado a identificarse como la "ruta de Levante", inaugurada con los viajes del hidalgo vizcaíno Pascual de Andagoya, en 1522.

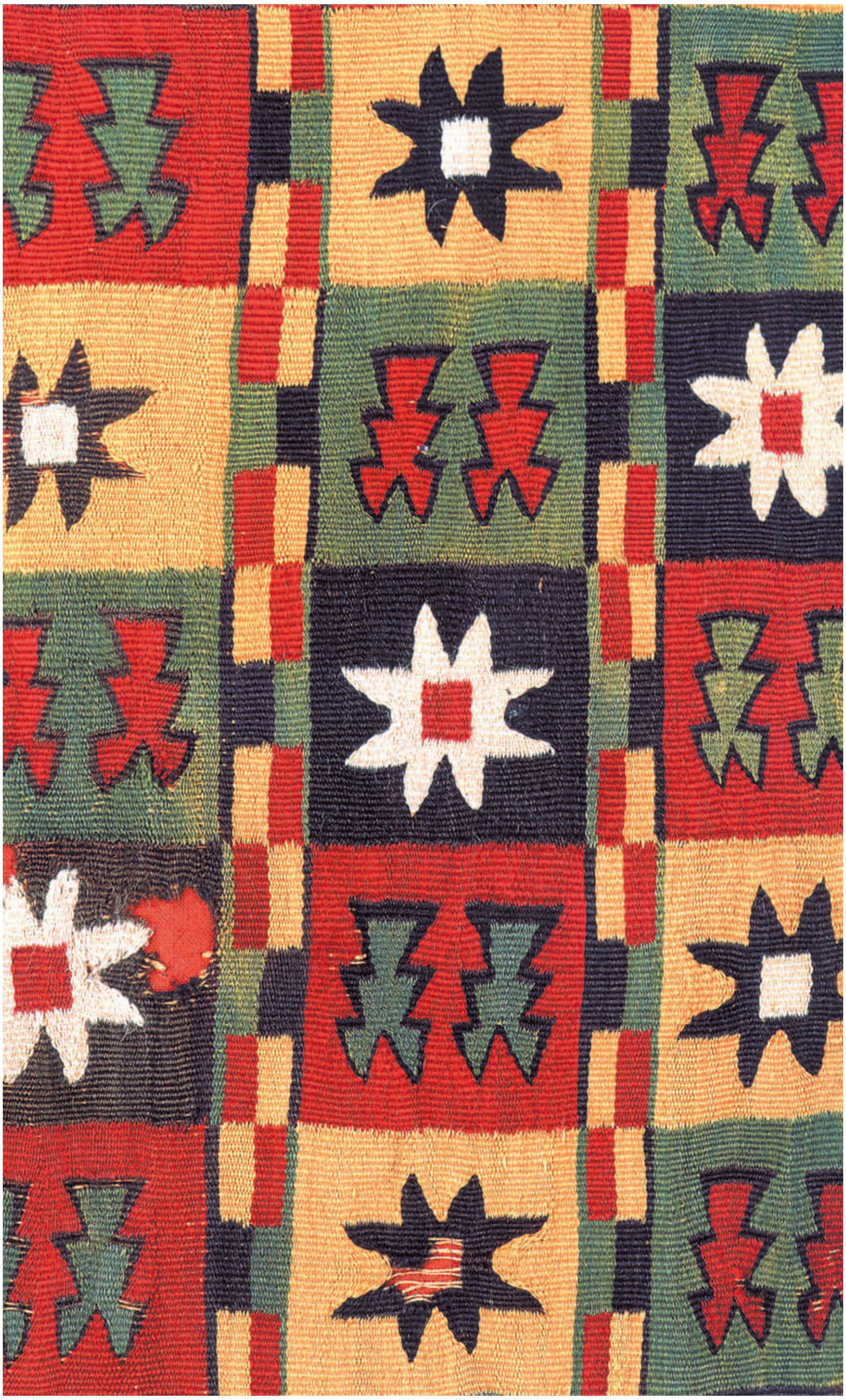
La obsesión por el éxito de Cortés

Fue ésta una empresa que solamente proporcionó fracasos y pérdidas de vidas y recursos, pero que encendió las ambiciones y las ilusiones, perseguidas como una quimera por otros hombres audaces que buscaban alucinados el sueño de conseguir un éxito semejante al de Cortés. También en la lejana corte del emperador Carlos se creía posible repetir esa gesta y por eso se solicitaban, en una Real Cédula fechada en Logroño el

---

Concepción Bravo Guerreira es catedrática de Historia de América, UCM

Serie de los Incas, óleo de Marcos Chillitupac



Uncu (especie de camisa) de lana de camélido y algodón, tejido entre 1440 y 1532. El vestido era similar para la nobleza y el pueblo llano, sólo variaba la calidad del tejido (col. particular).

Telares y tejidos

Elemento esencial del tejido es el telar de cintura, todavía en uso entre las comunidades indígenas andinas. Las primeras evidencias de un tejido trenzado en fibras vegetales se remontan a 5780 a.C., pero el uso del verdadero telar se confirma hacia 2000 a.C. Está compuesto por dos palos de longitud variable, dispuestos en paralelo y a los que se ata un cordón que sujeta los hilos de la urdimbre. Uno de los palos se ata con una cuerda a un lugar fijo y el otro se sujeta con una correa a la cintura de la tejedora. El lizo, una vara de sección circular, levanta alternativamente los hilos de la urdimbre y permite que los hilos de la trama pasen por encima y por debajo de los mismos.

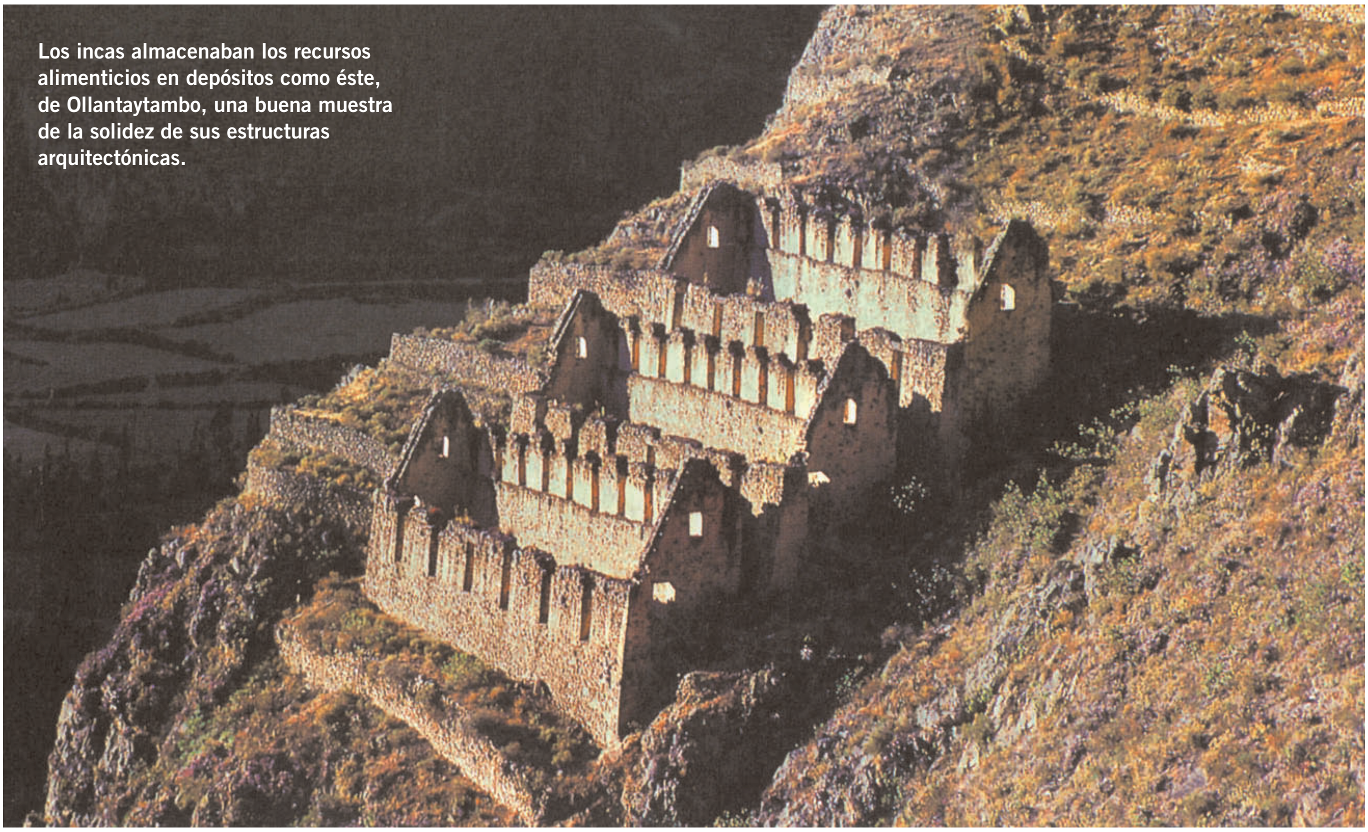
Entre la variedad de técnicas utilizadas por las tejedoras peruanas, aparece en primer lugar, la "tela", o tejido en el que los hilos de la urdimbre y de la trama se cruzan de forma alternativa y regular en toda su longitud. En el "tapiz", tramas diferentes se elaboran en espacios limitados para componer figuras diversas. Se realiza así una decoración de carácter lineal y geométrico. Existen además muchas variantes del tapiz, según la manera en que las distintas tramas se unen o no entre sí. Para los tejidos compuestos o dobles, se utilizan dos o más grupos de tramas o de urdimbres, obteniendo la misma decoración por ambas caras, pero con los colores invertidos. Los motivos decorativos podían también bordarse una vez terminada la tela, lo que permite una gran libertad de tratamiento y la combinación de múltiples colores.

El tejido servía para realizar vestidos: el uncu, o túnica corta y una especie de capita, la llacolla, para los hombres; para las mujeres, el acsu o túnica larga y la lliclla o capa. La forma del vestido era similar para el pueblo llano y para la nobleza; variaban la calidad de la materia prima y la decoración.

obtenidos tanto de plantas como de insectos y moluscos.

Lo más sorprendente es la elaboración de mantos gigantescos, muchos ricamente decorados, con la única finalidad de envolver los cadáveres y acompañarlos en su última morada. Y son esos tejidos funerarios los que, desde los primeros tiempos de su aparición, se decoran con sorprendentes seres que hacen sin duda referencia al mundo mítico de los antiguos peruanos.

Ese universo fascinante alcanza su máxima expresión en los tejidos de la costa sur. Los espectaculares mantos Paracas-Nazca se decoran profusamente con diseños de impresionante policromía. Unos son de aparente carácter naturalista, en forma de plantas, animales, figuras humanas o cabezas cortadas, pero destacan sobre todo los diseños



Los incas almacenaban los recursos alimenticios en depósitos como éste, de Ollantaytambo, una buena muestra de la solidez de sus estructuras arquitectónicas.

fantásticos, generalmente producto de una transformación de animales y seres humanos o de la hibridación de ambos.

Cerámica hecha a mano

Representaciones del mismo carácter aparecen también sobre otras manifestaciones artísticas, siendo tal vez la más destacada de ellas la cerámica, que aparece en Perú en torno a 1800 a.C. y representa una de las cumbres del Arte prehispánico americano. Los ceramistas peruanos, como los del resto de América, no conocieron el torno, por lo que modelaron su cerámica a mano, directamente o por medio del adujado o superposición de rollos de arcilla, y desde el Intermedio Temprano se generalizó en algunas culturas, sobre todo en el norte, el uso del molde.

La más característica forma peruana es la botella, con multitud de variantes, entre las que destaca la botella globular con gollete estribo, de cuerpo más o menos esférico y caño curvo, con una proyección central vertical. Otra botella típica peruana es la de forma globular con dos picos y asa puente, y se encuentran también otras formas corrientes en el ámbito andino, como la botella con caño vertical y un asa o las botellas dobles, que suelen tener incorporado un silbato.

La decoración de la cerámica sigue en Perú dos caminos diferentes, pero que a veces se encuentran en la misma cultura e incluso en las mismas vasijas. Por un lado, existe una tradición pictórica que en muchos casos se apunta a la vibrante policromía que hemos visto en los tejidos. La cerámica nazca representa probablemente el triunfo de esa decoración pictórica, fundamentalmente de carácter simbólico, en la que los seres fantásticos que hemos visto en los tejidos reciben nombres como el del ser mítico antropomorfo, el boto (orca) mítico, el gato moteado, el pájaro horrible, la criatura serpentiforme o la harpía. Los nazca utilizaron la cerámica –y los textiles– como soporte de transmisión de sus sistema de creencias, de sus seres sobrenaturales relacionados con las imponentes fuerzas de la naturaleza y con la agricultura y la fertilidad, creencias asociadas también con el poder ostentado por sus dirigentes y con los sacrificios. Tema común en el estilo nazca fue la cabeza humana; en muchos casos, claramente un trofeo.

En el antiguo Perú se encuentra también una tradición de cerámica escultórica, en la que el cuerpo de la botella se transforma en una figura, humana, animal o vegetal o en parte de la misma, o en la que ese mismo cuerpo de botella se aplana y se convierte en una especie de escenario sobre el cual unas figurillas modeladas representan una escena.

La cerámica escultórica, combinada en muchos casos con pintura que completa o subraya determinados elementos de la figura representada, se encuentra en todas las épocas y lugares de Perú, aunque es más característica de las culturas septentrionales. Y entre todas ellas la más conocida es la moche, aunque su mensaje iconográfico se completa también con cerámica pintada, de color muy sobrio, generalmente rojizo,

LOS CERAMISTAS PERUANOS, COMO LOS DEL RESTO DE AMÉRICA, NO CONOCÍAN EL TORNO, POR LO QUE MODELABAN EL BARRO A MANO

LOS TESOROS DE PERÚ, EN DOS EXPOSICIONES

El Museo Nacional de Arte de Cataluña (MNAC, Palau Nacional, Montjuïc, Barcelona) mostrará de 24 de mayo al 31 de junio una ambiciosa exposición sobre las culturas de Perú, que constará de más de 300 piezas. Es la primera vez que un número tan elevado de obras de gran excepcionalidad sale simultáneamente del país andino.

El hilo conductor de la exposición, titulada *Perú indígena y virreinal*, es la evolución histórica de las formas artísticas peruanas desde el 1500 a.C. hasta la Ilustración en Lima, en el siglo XVIII.

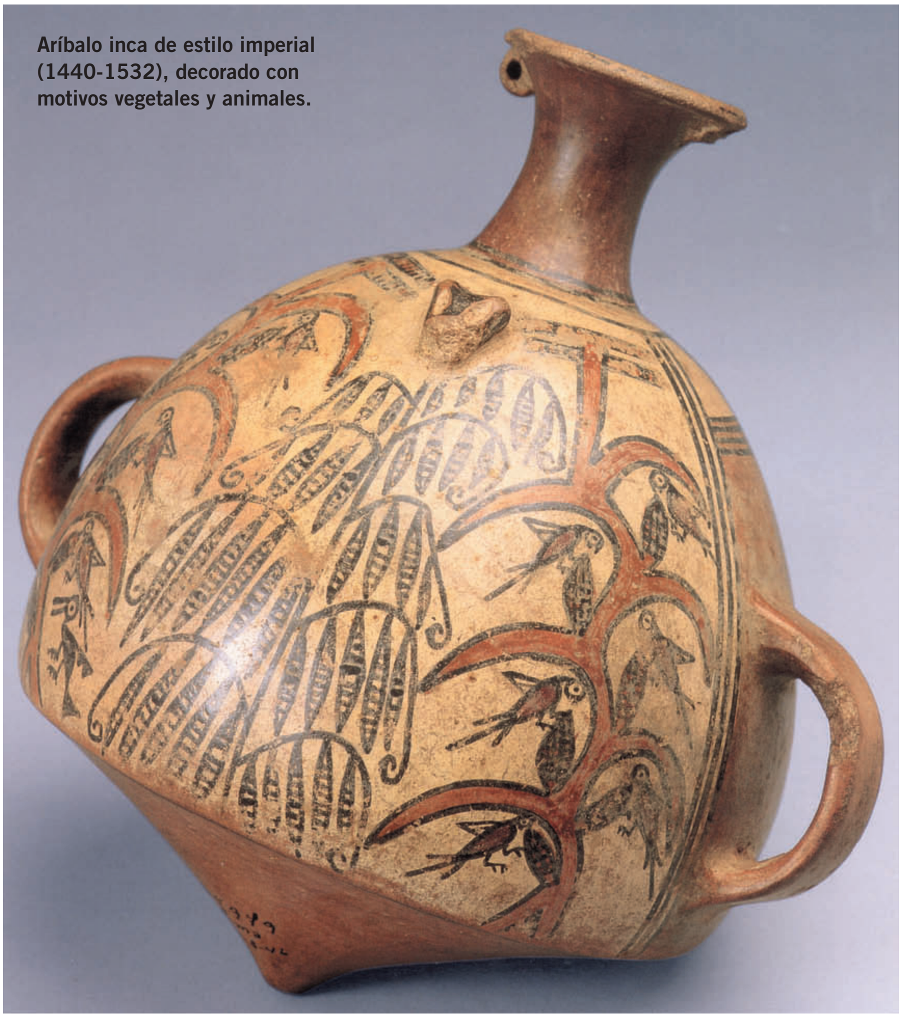
La primera parte de la muestra se dedica a las culturas prehispánicas, divididas en cuatro grandes bloques: *La época de Chavín* (1500-500 a.C.), que incluye las culturas chavín, cupisnique y Virú; *Las artes clásicas* (500 a.C.-500 d.C.), que comprende las culturas Mochica, Nazca, Paracas, Tiawanaku y Vicús; *Las épocas legendarias* (500-1300 d.C.), con elementos de las culturas Wari, Chimú, Chancay y Lambayeque; y *Los Incas*.

La segunda parte de la exposición se centra en los desarrollos culturales que se produjeron entre los siglos XVI y XVIII, correspondientes al virreinato del Perú, y está dividida a su vez en cinco partes, que abordan el sincretismo cultural, la definición de las nuevas ciudades; las artes plásticas, con especial atención a la orfebrería; la vida cotidiana y los efectos de la Ilustración en la ciudad de Lima.

Otra exposición de 87 piezas de oro peruano prehispánico se exhibirá en la Fundación Bilbao Bizkaia Kutxa, de 1 de abril a 16 de mayo, y en el Museo Arqueológico de Alicante, de 1 de junio a 31 de julio. La exposición *Oro del Perú* reúne pectorales y máscaras de oro de las culturas Moche y Lambayeque.

que dibuja toda una serie de escenas plenas de movimiento y de estilo aparentemente realista.

Son escenas que nos aparecen aisladas y fáciles de reconocer, una cacería, un combate, un encuentro amoroso, pero que deben interpretarse como parte de otras más complejas, cuyas acciones pueden situarse en un mundo sobrenatural o real y cuyos actores, seres míticos o dirigentes poderosos, que aparecen en escenas diferentes relacionadas con el ciclo ceremonial y el agrícola, fundiéndose una vez más en el mensaje iconográfico el poder de los dioses y el de los reyes.


Aríbalo inca de estilo imperial (1440-1532), decorado con motivos vegetales y animales.

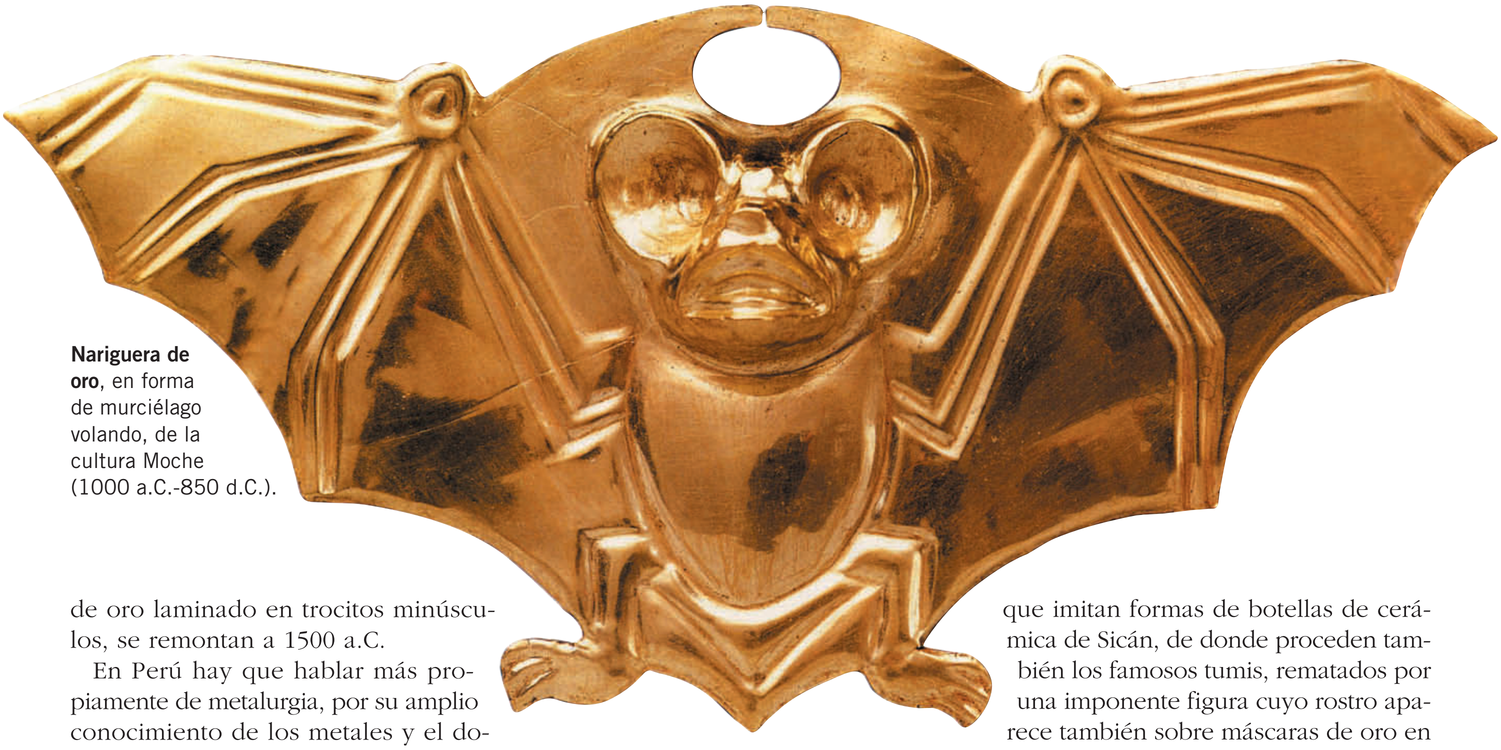
Muy características son también las cerámicas monocromas, generalmente grisnegro o negro pulido, cuya decoración se realiza por medio de incisión o modelado. Se encuentran desde épocas tempranas, donde destacan las poderosas botellas chavín y cupisnique con su iconografía draconiana, y llegan hasta los tiempos tardíos, cuyas vasijas sicán y chimú representan la culminación de esa tendencia formal, sobria y de enorme elegancia.

La mayor parte del contexto del arte cerámico es funerario. Se hicieron ingentes cantidades de magníficas vasijas para acompañar a los difuntos a su última morada, aunque existe también toda una importante serie de cerámica característicamente ceremonial. De esta última función tenemos evidencias en los tiempos incaicos, con el uso de aríbalos y pajchas para libaciones, y pucus para ofrendas de hojas de coca.

Pero en algunas épocas la cerámica se vio relegada a ofrenda de menor importancia, reemplazada por otra manifestación artística como distintivo de poder de los muertos, pero también y obviamente de los vivos: la orfebrería.

Cuna de la orfebrería

La orfebrería, el trabajo de los metales preciosos, es el Arte de aparición más tardía, siendo precisamente Perú la cuna de esa técnica y arte. Las evidencias más tempranas del trabajo de metales,



Nariguera de oro, en forma de murciélago volando, de la cultura Moche (1000 a.C.-850 d.C.).

de oro laminado en trocitos minúsculos, se remontan a 1500 a.C.

En Perú hay que hablar más propiamente de metalurgia, por su amplio conocimiento de los metales y el dominio maestro de las aleaciones. El cobre se utilizó para herramientas, armas y adornos para la gente corriente y en el sur se conoció el bronce hacia 600 d.C. Pero, para objetos preciosos, los antiguos peruanos usaron el oro, el “sudor del sol”, y la plata, las “lágrimas de la luna”, metales a los que dieron parecida importancia, y de los que apreciaban sobre todo su brillo y color, con el que jugaban para producir tonalidades diversas. Raramente se emplearon el oro y la plata en estado puro. La aleación de plata y cobre se conoce desde 700 a.C. Produce un metal fuerte y resistente para ser martillado y al recocerse se elimina el cobre superficial, logrando objetos que parecen de plata pura. La aleación de oro y cobre (tumbaga) facilita el trabajo de laminado y de fundido, y la mayor o menor cantidad de cobre logra colores diferentes, rojizos, rosados, incluso verdosos cuando el oro contiene plata como impureza natural.

En Perú dominó una estética de láminas de metal. Uno de los efectos buscados por los orfebres peruanos era el impacto dramático a base de grandes extensiones de oro, o plata, resplandeciente, para lo que se cubrieron paredes enteras de templos y palacios con planchas de metal. Pero también, y dada la importancia del color y de la apariencia superficial, se doraban o plateaban los objetos apreciados como distintivos de la nobleza por medio de diferentes procedimientos, incluso recubriéndolos de finísimas láminas.

Martillado, repujado y fundido

De acuerdo con esa estética, las técnicas dominantes en el antiguo Perú fueron las del martillado y el repujado, aunque en épocas tardías los peruanos fueron también maestros en la fundición al vaciado, con ayuda de moldes abiertos, o de dos o incluso más piezas.

A lo largo de los siglos dominaron unas u otras técnicas, se dio preferencia a unos y otros metales, pero los hallazgos más espectaculares se han producido siempre asociados a tumbas de elite. No olvidemos que de las obras preciosas de las que nos hablan los cronistas, los objetos del rescate de Atahualpa, las paredes de oro del Templo del Sol en Cuzco, el Coricancha, con sus jardines de plantas de maíz y llamas, no ha quedado nada, probablemente fundidos tras la conquista.

De tumbas proceden los adornos colocados directamente sobre el cadáver, como las enormes narigueras nazca, láminas recortadas decoradas con cabezas de serpientes, o los collares de cuentas en forma de cacahuete, únicos en Perú y asociados al famoso Señor de Sipán, junto con imponentes orejeras circulares de metal y mosaico de piedras semipreciosas. O las vasijas de oro y plata que imitan formas de botellas de cerámica de Sicán, de donde proceden también los famosos tumis, rematados por una imponente figura cuyo rostro aparece también sobre máscaras de oro en algunas momias y que se conoce como el Señor de Sicán.

Aunque la mayor parte de las obras de orfebrería de los incas no se haya conservado, nos han llegado algunas muy características, como las figurillas de seres humanos o de llamas, de oro y plata, macizas o más comúnmente hechas de varias láminas de metal martillado que se utilizaban en las capacochas, sacrificios realizados en fechas señaladas del calendario o en acontecimientos relevantes en la vida de los incas.

Es en esas ceremonias en las que podríamos ver cómo las diferentes Artes se alían para configurar esa peculiar iconografía del poder peruano. Imaginémonos al inca, ataviado con suntuosos vestidos tejidos, adornado con múltiples joyas de oro, vertiendo chicha sobre el terreno desde una vasija ceremonial de cerámica (pajcha), con el imponente fondo de la pared de un templo exquisitamente labrada. ■

PARA SABER MÁS

Bravo, C., *El tiempo de los Incas*, Madrid, Alhambra, 1986.
De La Vega, G,. *Primera parte de los Comentarios Reales de los Incas*, tomo CXXXIII, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1960.
Lumbreras, L. G., *De los pueblos, las culturas y las gentes del antiguo Perú*, Lima, Mosca azul, 1969.
VV. AA., *Los Incas y el antiguo Perú. 3000 años de Historia*, Madrid, Quinto Centenario, 1991.